

# OJEADA A LA HISTORIA DE MÉXICO

*Silvio ZAVALA*

LOS HOMBRES DE ASIA poblaron el continente americano hace más de diez mil años. Conocían ya el uso del fuego y sabían fabricar artefactos de piedra, de hueso y de madera. Algunos grupos se dedicaron a la pesca, otros a la caza y a la recolección de frutos. Al fin hubo pueblos agrícolas que cultivaron una planta esencial para el alimento americano y que fue aclimatada después en otras partes del mundo: el maíz.

En sus peregrinaciones por las nuevas tierras, los inmigrantes encontraron ciertas regiones favorables a su género de vida, y así poblaron los territorios que hoy conocemos con el nombre de México. Hubo asentamientos en áreas bajas y cálidas como las de la costa del Golfo Mexicano, pero algunas de las principales agrupaciones se instalaron en las mesetas, donde aún se encuentra concentrada una parte considerable de los habitantes del país.

La cultura material avanzó notablemente. Además del maíz fueron cultivadas otras plantas útiles, como el frijol, el tomate, el maguey, el cacao, el algodón. Los nativos domesticaron el pavo, empleaban vasijas de barro de gran variedad de formas y colores para guardar y servir la comida, usaban vistosos ornamentos de plumas. Hubo entre ellos sacerdotes, guerreros, comerciantes y clases tributarias. La religión era solar y admitía el sacrificio humano como parte del rito. Descollaron los dibujantes y los escultores. La arquitectura a base de piedra alcanzó gran desarrollo en ciudades con plazas, pirámides, templos y juegos de pelota. El estudio de la astronomía condujo a establecer calendarios muy exactos, asociados a propósitos rituales. Algunas lenguas, como la náhuatl y la maya, llegaron a ser en extremo pulidas.

Este legado de civilización quedó distribuido en varias regiones que todavía conservan huellas notables. Entre ellas se encuentran las ciudades mayas de Chichén-Itzá y Uxmal, los vestigios de esculturas olmecas y totonacas en las costas de Veracruz y Tabasco, las construcciones de los zapotecas en Monte Albán de Oaxaca, la cerámica de los pobladores de la costa de Occidente. En el centro de México surgió la ciudad majestuosa de Teotihuacán y prosperó la de los toltecas de Tula. Una época de luchas termina con el predominio de los aztecas, establecidos en Tenochtitlán desde 1325, sitio que ocupa en nuestros días la capital del país. Como grupos independientes se mantuvieron los habitantes de Tlaxcala y los tarascos de Michoacán. Más al Norte quedaba la vasta región de los nómadas chichimecas. Había otras tribus marginales de limitado desarrollo. En los museos de América y Europa se conservan colecciones de cerámica y escultura de los indios de México que son interesantes desde el punto de vista histórico y artístico.

LA OTRA GRAN CORRIENTE de hombres y de cultura que contribuyó a formar al pueblo mexicano procedía de Europa. Llegaba mucho más tarde que la emigración de los indios, pues la vastedad oceánica que separaba a los continentes europeo y americano no fue vencida hasta el descubrimiento de las Antillas por Cristóbal Colón en 1492. Una expedición de españoles que había salido de la isla de Cuba bajo el mando de Hernán Cortés consumó la conquista de México en 1521, frente a la denodada resistencia de los naturales, alentados por Cuauhtémoc.

Grandes cambios en la forma material de la vida, en la composición de la sociedad y en el orden de la cultura siguieron a la penetración europea.

Llegaron el trigo, el azúcar, la rueda, el arado, el caballo, los ganados, los instrumentos de hierro, la moneda acuñada, las armas de fuego, los navios, la bóveda, la escritura, la imprenta. Un invento, adaptado originalmente en México desde

el siglo xvi por Bartolomé de Medina, permitió la extracción de grandes cantidades de plata mediante la amalgama con el mercurio. Estos tesoros produjeron cambios profundos en la economía europea. En México surgieron reales de minas y se extendieron las comarcas agrícolas y pastoriles. En las ciudades, de traza por lo común rectangular, fueron edificados templos y casas de piedra, de planta europea. Las carretas y las arrias recorrieron los largos caminos en sustitución gradual del transporte humano. Los agentes del comercio, reglamentado con rigidez por la metrópoli, se encargaban de transportar en las flotas la plata y los productos mexicanos a cambio de vino, aceite de oliva, papel, hierro y mercurio; por el lado del Pacífico, otra línea de navegación unía el puerto de Acapulco con Manila y con el puerto peruano del Callao, y por ella partía la plata de América a cambio de sedas, marfiles y otros artículos del Oriente. Grandes ferias permitían el intercambio periódico de las mercancías en la costa del Golfo, en la del Pacífico y en el interior del país. La colonización extendió los poblados, fortines y misiones por el Norte hasta Texas, Nuevo México y California.

Crecía en la Nueva España —como los colonizadores llamaron al país mexicano— una población criolla descendiente de los emigrantes de Europa. Los aborígenes disminuyeron a causa de las guerras, la sujeción y las epidemias; pero el descenso llegó a ser contenido. Los indios subsistieron en número apreciable, se mezclaron en parte con los nuevos inmigrantes y dieron lugar a la creación de un país mestizo por su raza y por sus elementos de cultura. En ciertas regiones, los negros traídos de África como esclavos acabaron por cruzarse con blancos y con nativos.

El género de gobierno establecido por la monarquía española comprendía, bajo un abundante cuerpo de leyes, el Consejo de Indias y la Casa de la Contratación en la Península; de otra parte, el Virrey, que tenía a su cargo por cierto número de años la administración política y militar, la Audiencia o tribunal de justicia, los oficiales de Hacienda, los corregidores y más tarde los intendentes encargados de los

asuntos provinciales. La administración de las poblaciones estaba a cargo de los ayuntamientos, de antigua raigambre. Hubo sesenta y dos virreyes durante los trescientos años del gobierno hispano. Algunos alcanzaron distinción como gobernantes, ya bajo el período de la Casa de Austria en España (por ejemplo, Antonio de Mendoza y Luis de Velasco), ya en el de la Casa de Borbón (como Revillagigedo y Bucareli).

Las costumbres quedaron bajo la influencia del cristianismo. Los misioneros procuraron la conversión y enseñanza de los indios. La Iglesia adquirió prominencia y fue poseedora de vastos recursos. Estableció asilos, hospitales, orfanatorios, casas para doncellas. La ortodoxia de las creencias fue vigilada por la Inquisición. Se edificaron grandes monasterios, parroquias y catedrales. En los colegios y en la universidad, mandada fundar esta última por cédula real de 1551 en la ciudad de México, se enseñó el latín, la filosofía, la teología, el derecho y otras ciencias. El español se propagó como lengua general, aunque subsistieron las lenguas indígenas. Llegaron a brillar algunos escritores, como la poetisa Sor Juana Inés de la Cruz en el siglo xvii.

Los monumentos arquitectónicos, las obras de artesanía, las pinturas, los libros de la época española, se conservan al lado de las manifestaciones del pasado indígena tanto en la capital como en las ciudades de provincia: Guadalajara, Valladolid (hoy Morelia), Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro, Puebla, Oaxaca, Mérida. Los estilos artísticos de origen europeo —el plateresco, el barroco, más tarde el neoclásico— llegaron a adquirir notable florecimiento.

En el siglo xviii, cuando España y sus posesiones de América habían recibido influencias del pensamiento ilustrado, particularmente a través de Francia, se implantaron reformas en la administración y se trató de conceder mayor desenvolvimiento a la producción y al comercio. En varias regiones de México crecieron las fortunas de origen minero, agrícola o mercantil, y las obtenidas en la industria de tejidos de algodón y lana. El refinamiento de las costumbres y el adelanto de los estudios fueron visibles en la capital y en algunas

ciudades de provincia. Uno de los establecimientos más notables era el Colegio de Minería. Se llevaron a cabo exploraciones científicas. Quedaron organizados el Jardín Botánico y la Academia de Bellas Artes. Aparecieron las gacetas o primeros periódicos. La urbanización hizo progresos. Edificios suntuosos albergaban la casa de moneda, algunos colegios, hospicios, hospitales, alhóndigas o depósitos de cereales para prevenir las escaseces. Además de nuevos templos, destacaron en esta época los palacios de las personas pudientes, con amplio patio y nobles proporciones. Algunos acueductos, calzadas, puentes, alamedas y paseos complementaron estas obras de utilidad y ornato.

En contraste con las manifestaciones de riqueza y de civilización, el pueblo carecía de tierras suficientes, estaba sujeto por deudas al trabajo en las grandes haciendas o vivía pobremente en las ciudades, a semejanza de lo que ocurría en Europa bajo la sociedad del Antiguo Régimen.

Al desasosiego popular se unían los anhelos de libertad que se difundieron entre las clases ilustradas bajo la influencia de los escritos de los filósofos y los ejemplos de la Revolución de independencia de los Estados Unidos y de la Revolución francesa.

La invasión de la Península Ibérica por las tropas de Napoleón, en 1808, avivó el ritmo de los acontecimientos.

EL LOGRO DE LA INDEPENDENCIA costó grandes sacrificios. Hubo períodos de lucha intensa entre los insurgentes y los ejércitos realistas a partir del 16 de septiembre de 1810. Grandes jefes, como Hidalgo, Morelos y el liberal español Mina, perdieron la vida en defensa de la independencia de nuestro suelo. Muchas regiones, en particular la minera de Guanajuato, sufrieron las devastaciones de la guerra.

En 1821 nace al fin un país libre. Después del breve intervalo del imperio creado por el jefe militar que consumó la independencia, Agustín de Iturbide, bajo cuyo mando estuvieron unidas temporalmente a México las provincias de Centroamérica, se implanta la forma de gobierno republicano en la Cons-

titución de 1824 y se reconoce la igualdad de los ciudadanos por encima de distinciones de raza y condición social. Habiendo terminado el monopolio español del comercio, se entablan relaciones económicas con diversos países, y llegan capitales, ingenieros, negociantes, inclusive modistas, que contribuyen a modificar las costumbres. Existe el deseo de educar al pueblo a fin de hacer posible el funcionamiento de las instituciones republicanas.

Estos cambios estuvieron acompañados de luchas internas en las que influye repetidamente el general Santa-Anna. La guerra con los Estados Unidos, en 1847, costó al país la pérdida de la mitad de su territorio. De ella quedó vivo el recuerdo de la defensa del castillo de Chapultepec por los cadetes o "Niños Héroe". Una nueva constitución fue promulgada en 1857 para consolidar los principios y garantías liberales y robustecer la autoridad del poder civil.

La contienda interior tuvo repercusiones en el extranjero. Una intervención apoyada por Napoleón III trató de crear un imperio (1864-1867), que fue ofrecido al archiduque Maximiliano de Austria y a su esposa Carlota, princesa de Bélgica. En la campaña militar es recordada la batalla de Puebla, que se trabó el 5 de mayo de 1862. Tanto en la defensa de la causa republicana como en la resistencia a la intervención, sobresale la personalidad de Benito Juárez, autor del célebre apotegma: "El respeto al derecho ajeno es la paz." Importantes reformas con respecto a la propiedad eclesiástica, a la administración de los cementerios, el registro civil de las actas de nacimiento, matrimonio y defunción, y a la enseñanza laica, quedaron en vigor después de la restauración de la República. Un discípulo de Augusto Comte, el sabio mexicano Gabino Barreda, había sentado las bases para la reforma de los estudios, que contribuyeron a preparar las nuevas generaciones.

El gobierno democrático no llegó a ser una realidad. La vida política de México quedó sujeta durante tres décadas a la dictadura del general Porfirio Díaz. En este período fueron estabilizadas las finanzas, aprobados nuevos códigos, construí-

das vías férreas extensas y modernizados los puertos. El ministro de educación, Justo Sierra, dio impulso a la enseñanza. Hubo amplia influencia francesa en la arquitectura, el mobiliario, los trajes, los gustos literarios.

LA REVOLUCIÓN iniciada el 20 de noviembre de 1910 por Francisco I. Madero puso fin a la dictadura. Llegó a ser un vasto movimiento social que dio origen, en 1917, a una nueva Constitución inspirada en principios avanzados. La reforma agraria favoreció a los campesinos, quedaron organizados los sindicatos de trabajadores y la educación popular fue extendida considerablemente. El petróleo dejó de ser explotado por compañías extranjeras y pasó a depender, en 1938, de un organismo del Estado. Una extensa red de carreteras y las líneas de navegación aérea facilitaron la circulación y el turismo; las relaciones de vecindad con los Estados Unidos han influido en las costumbres.

Puede decirse que, en la actualidad, la nación ha evolucionado en todos los órdenes. Ha gozado de paz interna sin dejar de renovar periódicamente a sus mandatarios. Disfruta de libertades. Proclama en el campo internacional el pacifismo y el respeto a los derechos propios y ajenos. Ha recibido a los hombres perseguidos en otras partes de la tierra por motivos políticos o víctimas de las guerras. La población crece hasta alcanzar en la actualidad más de 28 millones de habitantes. Técnicos bien preparados estudian los recursos naturales y modernizan las empresas. Los trabajadores de los campos y de las ciudades gozan de protección legal y de beneficios sociales; no existen los prejuicios raciales; los indígenas son favorecidos. Algunas universidades e institutos disponen de instalaciones modernas; el patrimonio arqueológico e histórico ha sido conservado y es objeto de asiduo estudio; obras de sello original aparecen en la literatura, la pintura y las artes populares.

El viajero encuentra, sin duda, muchos aspectos que los mexicanos quisieran que fueran mejores. Mas el conocimiento

de la historia permite comprender la índole de los problemas que, con sacrificio, valor, amor a la independencia y a la libertad, ha tratado de ir resolviendo este pueblo, a la vez antiguo y en proceso de transformación.\*

\* Este ensayo, traducido al francés, apareció en la revista *Nouvelles du Mexique* (París), núm. 1, abril-junio de 1955.